

SEGUNDA EPOCA

Gobernando la España y sus colonias Carlos IV, la cátedra de San Pedro el Sr. Pío VII, y el Arzobispado de Lima el Illmo. Sr. Dr. Juan Domingo González de la Reguera; murió en Lima el Sr. Virrey D. Ambrosio de O'Higgins en 21 de marzo de 1800. Quedó gobernando la Real Audiencia.

Entró en Lima el Virrey D. Gabriel Avilés, Inspector que fue de las tropas veteranas y milicias de este reino, y Presidente de Chile a fines del año de 1801. En su tiempo mandó construir de su peculio a inmediación del convento de Beletmitas del Refugio, un hospital de incurables de ambos sexos, dotándolo suficientemente. Desde que este Sr. ingresó con la asamblea destinada a esta Capital en clase de Coronel, hasta la de General y Virrey; fue tan inexorable y sujeto a las leyes, como virtuoso y ejemplar; cesó en el mando el 26 de julio de 1806 y pasó a Arequipa. Murió el Excmo. e Illmo. Sr. Dr. D. Juan Domingo González de La Reguera (Arzobispo de Lima, caballero Gran Cruz de la Real y Distinguida Orden de Carlos III, Prebendado que fue de la Santa Iglesia Catedral de Arequipa, Canónigo de la de Lima, y Obispo de Santa Cruz de la Sierra) a las dos y media de la tarde del día 8 de marzo de 1805. Durante su vida llenó su alto ministerio de un modo digno: celoso de su rebaño, vigiló que el clero fuese ejemplar e ilustrado. Desde su elevación tuvo por norte la disciplina eclesiástica, dando el mayor ejemplo; fue emprendedor de obras en su Iglesia, puso en movimiento a los párrocos, monasterios y preladados; adornó a la Metrópoli de costosos ornamentos, la dotó de buenas memorias y sobresaliente servicio de plata labrada. Ultimamente, emprendió la obra de sus torres, que al fin las concluyó en el año de 1801.

Llegó a Lima el Virrey D. José Fernando de Abascal y Sousa, caballero del hábito de Santiago, y Mariscal de Campo de los Reales Ejércitos, en domingo 26 de julio de 1806: hizo su entrada pública en 15 de setiembre del mismo año. El 17 de noviembre del mismo, lunes a las seis de la tarde, llegó a Lima de Arzobispo el Illmo. Sr. Dr. D. Bartolomé María de las Heras, Obispo que fue del Cuzco. En martes 31 de mayo de 1808, se estrenó el gran Cementerio de Lima situado al sur de la ciudad; y dióse real orden para construirse en todas las demás ciudades, villas y pueblos del reino. También se concluyó la obra de la portada de Maravillas, camino de dicho cementerio. Para el ceremonial del acto de bendecirse y misa solemne de requiem, etc., asistió el Excmo. Sr. Virrey, S. Sria.

Illma. el R. Arzobispo, los cabildos, tribunales, corporaciones, órdenes religiosas, nobleza y todo el pueblo, con la devoción que exigía un solemne recuerdo. Para base de tan útil como piadoso establecimiento, se puso en un cajón decentemente vestido, las cenizas del digno Arzobispo Dr. D. Juan Domingo González de la Reguera, elevándolas en una pira que con el mejor gusto hizo construir el Licenciado D. Matías Maestro. En este sitio de olvido y mansión del silencio, fue sepultado primero un pobre de solemnidad nombrado Matías Isuriaga, miércoles 1° de junio; de monasterios, la Madre Micaela Salazar del convento del Carmen Alto, el siguiente jueves 2; de religiosos, el R. P. Fray Antonio Vilela de San Agustín, el miércoles 8 de dicho mes; y del coro de esta santa iglesia, fue el primer sepultado el Sr. D. Cristóbal Morales, dignidad de Maestre Escuela. Por razones tomadas, consta haberse enterrado en ese mes en el panteón 125 hombres, 86 mujeres y 134 párvulos; resultando la totalidad de 345.

En martes 2 y miércoles 10 de agosto del referido año, por la vía de Santa Fe y Guayaquil, se recibió la noticia oficial de haber abdicado Carlos IV la corona en su hijo el Príncipe de Asturias Fernando, e igualmente de la reposición de los antiguos ministros y caída del privado Príncipe de la Paz; todo lo que puso a la capital en mil confusiones. En este mismo tiempo se dio principio a la fábrica del colegio de medicina nombrado San Fernando, en la área que contenía las casas de D. Francisco Rosas, plazuela de Santa Ana, colocándose la primera piedra para base de ella; y se leyó de oposición la cátedra de clínica interna, afecta a ese establecimiento, el miércoles 17 de agosto del mismo año. En esa época hubo un repique general a las cuatro de la tarde del lunes 22 del mismo, por la solemne canonización de cuarenta y nueve mártires de la orden de Santo Domingo.

En los arrabales de abajo del puente, a espaldas de la recolección de Descalzos, un hombre llamado Mauro Cordato, llevó con engaños a una mujer a la que por su hermosura llamaban "la perla sin compañera", con la que éste tenía trato ilícito, y dándole una fuerte puñalada, creyó haberla muerto y vengado de este modo la pasión de los celos de que se hallaba perseguido. Caída la citada mujer en el suelo, lo advirtieron algunos que estaban a las inmediaciones, y con auxilios de la justicia intentaron tomar al criminal; mas él se dio un pistoletazo en el pecho y cayó muerto; lo que aconteció el lunes 9 de setiembre de 1808, mandándose enterrar su

cadáver en el muro por el suicidio y sin sepultura eclesiástica. Se publicó por bando la exaltación de Fernando al trono, miércoles 24 del mismo año; comprobándose todas las maldades e intrigas que se hicieron entonces en la corte de Madrid; pues este príncipe por un motín o revolución militar, destronó a Carlos IV su padre, teniendo pena capital por la pragmática sanción de Carlos III. Este hecho criminal ha causado las desgracias de la España y la independencia de sus Américas.

Se recibió noticia de oficio en domingo 5 y miércoles 8 de octubre del citado año por la vía de Buenos Aires, de la prisión del Rey Fernando en Francia, y otros graves acontecimientos de la España y Napoleón, la que se ratificó con detalles más circunstanciados, por comunicaciones dirigidas al General Marqués de Avilés, estacionado en Arequipa.

Se trasladó el viernes 10 de dicho mes y año de la iglesia del convento de la Recoleta Domínica al templo de los Desamparados, la milagrosa imagen de Nuestra Señora de Chinquiquirá, que allí se veneraba, para continuar su culto en ella.

Durante el reinado de Carlos IV, fue electo Papa Pío VII en 2 de octubre de 1800. En su tiempo sobrevino la revolución general en Europa y las Américas, corriendo como un rayo eléctrico; se aprovecharon de ella para emanciparse, con relajación de la disciplina eclesiástica, de las buenas costumbres, y progreso de la nueva filosofía; todo debido a la infame y mezquina política del gabinete español, e inicua conducta de sus ministros. Este Pontífice con su gran tino, prudencia y sabiduría, corrigió a los novadores, y reformó muchos abusos introducidos. Sobrevivió en el pontificado a la falsa renuncia del Rey Carlos IV en el Príncipe Fernando, catorce años, dos meses, cuatro días, y murió en 6 de noviembre de 1823.

Se publicó por bando en Lima la exaltación de Fernando VII, el lunes 23 de octubre del año de 1808 a las cuatro de la tarde en los parajes acostumbrados, con asistencia del Virrey, que hizo el juramento con los tribunales, cabildos, corporaciones y demás concurso de la ciudad, llevando su retrato colgado, unos al pecho y otros en la cucarda del sombrero. Hubo un fuerte terremoto en Lima que duró seis segundos; y por su extraño sacudimiento temiéronse graves daños.

En 16 del citado mes se recibieron comunicaciones de una derrota que sufrieron los franceses en la España y de haberse celebrado tratados con la Inglaterra. El sábado 8 se publicó por bando la

guerra contra Napoleón; los súbditos franceses, avecindados en nuestros territorios, fueron lanzados; mas, los que se presentaban a reconocer nuestro gobierno jurando sumisión a las leyes, quedaron en tranquilidad. Por la fragata "Bárbara" que llegó de Valparaíso el sábado 6 de diciembre último, se recibió la noticia de varias derrotas de los franceses en algunos puntos de España, con pérdida de trece de sus generales, habiendo fugado a Burgos el titulado Rey, José Bonaparte, a quien se perseguía por muchas direcciones por cien mil españoles. Esta noticia se celebró con mucho entusiasmo en la capital de Lima.

Se sepultó en el nuevo panteón, el primer militar subteniente del Regimiento Real de Lima D. Mateo Donayres, el viernes 12 del mismo mes y año.

En sábado 21 de enero de 1809, llegó a Lima la satisfactoria noticia de oficio, de hallarse José Bonaparte sitiado por 150,000 españoles en Longroño, y de quedar constituida y reconocida la Junta Central bajo la Presidencia del Conde de Floridablanca. El Colegio de San Fernando de Medicina, abrió sus tareas de estudios con sólo un Vice Rector y seis alumnos. La Suprema Junta Central, nombró en comisión, para esta parte de América, a D. José Manuel Goyeneche, natural de la ciudad de Arequipa, el que llegó al puerto del Callao, miércoles 25 del mismo mes. El domingo 29 arribó al mismo puerto el navío de guerra "S. Fulgencio", con la comisión de conducir a Cádiz los caudales colectados por vía de donativo. Este buque trajo el palio al Illmo. Sr. Arzobispo Las Heras. En 25 de enero dio principio la hermandad y cofradía de Nuestra Señora del Cinto, en la iglesia de San Agustín, y ejercicios por nueve días, que se concluyeron el 3 de febrero, por el mejor éxito de la guerra con la Francia, siendo su director el Reverendo P. M. Fray Calixto Orihuela, Obispo que fue del Cuzco. Domingo de carnaval, 12 del mismo mes, se celebró en la Iglesia de S. Pedro, el estreno de una rica custodia que costó de su peculio el P. D. Manuel Castro, de la congregación de los padres del Oratorio; colocándose el Divino Sacramento en el tabernáculo de un nuevo retablo, que también fue costado por él mismo. Se concedió por el Gobierno tres lidias de toros, para que sus productos sirvieran a beneficio de los defensores peninsulares, y se realizaron en los días 11, 13 y 14. El martes 28 fueron dados de alta en el Regimiento Real de Lima, cuatrocientos hombres con sus respectivos oficiales, sacados todos del batallón de milicias del número, que pasaron de

auxiliares desde el viernes 21 de junio de 1805. La Junta Suprema Central fue jurada y reconocida en Lima el sábado 18 de febrero de 1809. Salieron en convoy para Cádiz, el lunes 27 de dicho mes, el navío de guerra "San Fulgencio", la "Astrea" y la "Portuguesa" (alias) "Dos Amigos"; condujo el primero por donativo, amortización y Real Hacienda, cinco millones de pesos. Por gaceta ministerial de 4 de diciembre de 1808 recibida en Lima el 3 de junio de 1809, se recibió noticia que Madrid estaba ocupado por el ejército francés; por lo que, las comunicaciones de oficio recibidas por S. E. de la Suprema Junta, eran fechadas en Sevilla; como asimismo los despachos de Teniente General que concedió al Virrey Abascal. El domingo 12 de marzo, se recibió expreso de haber ocupado los franceses las ciudades del Ferrol y la Coruña con la mayor parte de la Galicia; y que el Emperador Napoleón pasaba a París llamado de graves atenciones del Austria, dejando a su hermano José gobernando en Madrid. En cumplimiento del decreto de la Suprema Junta, se publicó bando en esta capital el jueves 16 del mismo mes y año, para que sólo se pudiesen vender los azogues a cincuenta pesos quintal, que se suprimiese la amortización de bienes, y que se diese razón de los rematados, con distinción de fondos y ramos a que pertenecían. Se suspendieron los derechos del dos por ciento designados sobre herencias transversales, que se exigían por el anterior gobierno. De la misma soberana orden, quedó despojado el francés D. Juan Vives del hábito, grado militar e Intendencia de Huancavelica que desempeñaba; al mismo tiempo, ordenó se le sorprendiese la correspondencia que llevaba con D. Antonio Soler que traidoramente desertó a Francia, y que se le intimase su embarque y marcha a España a contestar los cargos a la Suprema Junta; e igualmente que, a los SS. Molina Comandante de marina, Liniers, Virrey de Buenos Aires, y Elio Gobernador de Montevideo. El miércoles 2 de agosto del mismo año, se puso una mesa en la plazuela de los Desamparados de Lima para socorro de las viudas de los aragoneses que murieron a manos de los franceses en defensa de su patria; fueron procuradores, el Virrey, desde su balcón, y los SS. Brigadieres Villalta y González, el Fiscal de la Real Audiencia Pareja, canónigos Echagüe y Tagle, Prepósito del Oratorio de San Felipe Neri Doria, Secretario de S. Illma. D. D. Manuel Arias, D. Joaquín de la Pezuela, Comandante de Artillería, y por el comercio D. Martín Osambela y D. Gaspar Rico. Se colectaron en ella diecisiete mil quinientos pesos.

Calixta Mena, negra criolla sentenciada a horca, y puesta en capilla por el crimen de filicidio, siendo reconocida por facultativos resultó preñada, y se le libertó de la muerte el miércoles 16 de agosto. Fue la rendición de Zaragoza, capital del reino de Aragón en 21 de febrero, y comunicada por aviso a esta ciudad, en miércoles 23 de agosto del mismo año. Con separación de la Suprema Junta Central, hizo su transformación política la ciudad de Quito. Concedora de sus derechos, primero que otros países de América, o más cavilosa, y de más recursos; formó una Junta que mandase a nombre del Rey; la denominó Serenísima, nombró un Presidente que lo fue el Marqués de Selva Alegre y vocales el Illmo. Sr. Obispo y algunos oidores: confirieron muchos empleos políticos y militares; quitaron otros, formaron ordenanzas, y levantaron tres regimientos de línea, y tres escuadrones, cuyos detalles se participaron de oficio de la ciudad de Cuenca, en miércoles 6 de setiembre de 1809. Por decreto de la Suprema Junta de Sevilla, mandó el Virrey reunir el acuerdo, y elegir tres o más sujetos de conocida probidad y aptitudes, para que fuesen puestos en cántaro tres nombres de los que reuniesen más sufragios en primera votación; y el que en segunda fuese sacado, pasase de diputado del Perú a incorporarse a la Suprema Junta. Al efecto, en primera votación salieron los señores D. José Manuel Goyeneche por nueve votos, Dr. D. José Baquíjano y Salazar por igual número, Dr. D. José Silva y Olave por siete, y D. José Simón Rodríguez Rávago, por uno; quedaron los que obtuvieron la mayoría; puestos éstos en segunda suerte, fue sacado por la mano de la Sra. Doña Ramona Abascal el Sr. Dr. D. José Silva y Olave, dignidad de chantre de esta santa iglesia de Lima, examinador sinodal del Arzobispado, Rector y Catedrático de la Real Universidad, Rector del Colegio de Príncipes Caciques, Calificador y Consultor del Santo Oficio, y capellán de las monjas recoletas capuchinas. Este digno elegido fue cumplimentado del Virrey, tribunales y autoridades de la capital: llevado en público por S. Illma. al paseo, y alojado en el palacio archiepiscopal como miembro de la J. Suprema y se le daba el tratamiento de Excelencia, con honores militares. Para contener los extravíos de la ciudad de Quito, y accho en que estaban sus demás provincias por el dulce gusto de la independencia que ya empezaba a conocer la América, salieron de Lima como de auxilio para Guayaquil, doscientos hombres y seis oficiales del batallón de pardos, embarcándose en el puerto del Callao el martes 26 de setiembre del mismo año. En esa misma fecha,

fue denunciada en Lima una conspiración, y como comprendidos en ella, fueron presos Morales, Silva, Manzanares, Mesa y Pardo. Como diputado por este reino el Sr. Dr. D. José Silva y Olave, se embarcó para la Península a incorporarse a la Suprema Junta, con su Secretario, el Dr. D. Justo Figuerola, abogado de esta Real Audiencia y de oficial mayor el subteniente del Regimiento Real de Lima D. José Feliú, haciéndose a la vela en la fragata "Guadalupe" el miércoles 11 de octubre de 1809; habiendo tocado en su país Guayaquil. El viernes 20 recibió el Virrey de oficio, felices resultados contra los franceses, debido al ejército coaligado de Austria y Rusia, con pérdida de cincuenta mil hombres de aquéllos. Estas noticias se celebraron en Lima, por el Virrey, por el Illmo. Sr. Arzobispo, Cabildos, Ordenes religiosas y demás autoridades, con misas de gracia, repiques, iluminaciones y otras demostraciones de júbilo. Por Suprema resolución de la Junta, se suprimió la Intendencia de Lima, que la servía D. Juan María Gálvez, y se depuso del empleo de Contador Mayor del Tribunal de Cuentas, a D. José Dufó, remitiéndose a éste en partida de registro a España, para contestar varios cargos a la Junta. El 25 del mismo, el Virrey mandó circular la Suprema Orden por la que declara traidor a D. Agustín Landaburú natural de Lima y de bienes raíces conocidos; y para secuestrarlos fueron nombrados los señores Valle y Baso-Berri. Por expreso recibido el día 29 del mismo mes se procedió a publicar por bando la paz general; y que se embargaran los bienes de D. Fernando del Mazo que le eran conocidos, en virtud del recurso hecho a la Suprema Junta, por los señores de la Real compañía de Filipinas. Por sentencia del Real Acuerdo con lo expuesto por los fiscales, se resolvió y aprobó que los reos acusados de infidencia Manzanares y Figueroa fuesen desterrados a Juan Fernández por seis años: Sánchez, D. Remigio Silva, Zorrilla y Gárate por cuatro a Valdivia; y que a Pérez Canosa, Pardo y García se remitiesen en partida de registro, a disposición de la Suprema Junta, para que fuesen destinados, sin que jamás pudiesen volver a estos reinos; y a Silva (D. Mateo) que fuese por dos años confinado al castillo de Boca-chica, lo que no tuvo efecto, por haber muerto antes en el hospital de Bellavista. Sin embargo de la sentencia, habiendo probado posteriormente D. Remigio Silva su inocencia, quedó absuelto hasta de las costas en que los demás fueron penados. Todo lo que se confirmó el lunes 4 de diciembre de dicho año.

Martes 27 de marzo de 1810, murió en Lima la hermana Ma-

ría de la Cruz, mujer admirable por su recogimiento y virtudes; en su vida y muerte, se vieron muchos portentos, los que sus directores los esclarecerán a su tiempo por los datos que conservan de su vida. Nació en esta ciudad miércoles 3 de mayo de 1741.

Zarpó del puerto del Callao para el de Cádiz, sábado 23 de junio del citado año, la fragata "S. Pedro Alcántara", llevando a su bordo y a disposición de la Suprema Junta, más de cinco millones de pesos, pertenecientes al Real Erario: para su salida se celebró acuerdo, en el que se resolvió, fuese tocando en nuestros puertos para informarse del estado de la Península. Llevaba también bajo partida de registro, al francés D. Pedro Rolando, y sentenciados Pardo, Pérez Ganoza, García y otros individuos hasta el número de trece. Domingo 1º de julio del mismo año, con la llegada de la fragata "S. Juan Bautista", al puerto del Callao, se recibió en Lima la desagradable noticia de haber ocupado los franceses en número de cincuenta mil, todas las ciudades de Andalucía hasta Sevilla y que sitiaban e intimaron rendición a Cádiz, al mando del intruso José Bonaparte, cuyos males procedían de traidores e intrigantes y de la apatía y falta de conocimientos en algunos de los miembros de la Junta Central; de suerte que por estas razones, quedaban presos y juzgándose muchos, para expiar sus crímenes como lo merecían. Miércoles 18 del mismo, cambió la escena recibándose noticias de haber sido desalojados los franceses de aquellos puntos que poco tiempo ocuparon, con pérdida considerable de su ejército. La instalación de un nuevo gobierno en la Nación nombrado Regencia, que se componía de un Presidente, el Obispo de Orense, vocales D. Pedro Quevedo y Quintana, D. Francisco Javier Castaños, D. Francisco Saavedra, D. Antonio Escaños y D. Miguel Lardizábal y Orive, fue comunicada de oficio, y publicada en Lima por bando, el miércoles 18 del mes citado, habiéndose prestado juramento de obediencia, celebrándose misa en acción de gracias con "Te Deum", iluminaciones y repique general por tres días. El lunes 27, fue nombrado diputado por este reino para representar en esa corporación soberana, D. Francisco Salazar, Caballero de la Orden de Santiago, y Capitán del regimiento de línea Real de Lima. Hallándose en las cárceles de Quito muchos presos de alta traición, estalló en el pueblo una revolución para auxiliarlos, en la que perecieron el capitán del Regimiento Real de Lima D. Nicolás Galup, algunos otros oficiales y tropa, muchos de los reos y parte del pueblo que se agolpó al cuartel para conseguir la empresa; ascendiendo los muertos hasta el

número de cuatrocientos. Se aplacó el tumulto por el ejército, con la presencia de los señores Presidente, Obispo y su respetable clero. La noticia de estos acontecimientos, llegó a Lima de oficio, el martes 4 de setiembre. Por un expreso que vino del Cuzco el viernes 14 del mismo mes, se pedía al Virrey tropas, armas y toda clase de municiones, para contener la irrupción y los males que venían haciendo los argentinos sobre las provincias del Perú Alto, con el aparente prestigio de denominarse apóstoles de la Independencia. Esta noticia causó sensaciones en Lima, pues el martes 18 se pusieron presos e incommunicados al Dr. Anchoris, mayordomo del Arzobispo. al abogado Saravia, al cura de S. Sebastián Tagle, a los comerciantes Minondo y López y al extranjero Boqui con un hijo, al gacetero Guillermo del Río y un criado del Dr. Anchoris, todos los que fueron procesados. En esta causa se resolvió con anuencia de los fiscales, que fuesen penados el Dr. Anchoris, a ponerse a disposición del gobierno de la nación; Río suspenso del oficio de gacetero; el cura Tagle confinado al interior del Perú, a donde debía marchar en el momento, fijando desde luego su domicilio, pero sin bajar a la capital; el Dr. Saravia desterrado a Chile, y Boqui con su hijo expulsados del reino en el término de un mes de esa fecha.

Por comunicaciones de oficio recibidas del Cuzco, el sábado 1º de diciembre, se supo haberse adherido al sistema de independencia adoptado en Buenos Aires, las provincias altas de Chuquisaca, Oruro, La Paz, Cochabamba y Potosí, habiendo muerto antes algunos vasallos del rey en muchos encuentros. En 1º de enero de 1811, concedió su Illma. jubileo circular por un año, mediante las críticas circunstancias en que se hallaba la Monarquía. Esta gracia la aprobó, y perpetuó sin límites el Papa. El día 2 se han comunicado por el gobierno a las justicias y autoridades, todas las órdenes y medidas para la seguridad pública, y para castigar los espías y partidarios que tiene repartidos el tirano de la Europa en todas las Américas.

El sábado 12 arribó al Callao el Sr. Dr. D. José Silva y Olave, diputado nombrado por el Perú para la Suprema Junta Central, después de haber empleado quince meses un día en visitar su país, y estado últimamente en Méjico, donde sabiendo la disolución de aquélla, regresó a dar cuenta.

El Contador Mayor D. José Dufó, fue repuesto por real orden, comunicada en 13 del mismo mes. Con esta fecha se hizo a la vela

para Cádiz la fragata "Archiduque Carlos", conduciendo al Diputado a Cortes Sr. D. Francisco Salazar.

Por resolución pronunciada con vistas fiscales, fue remitido a España, en un buque que zarpó del Callao, el jueves 27 de junio de dicho año, D. Gaspar Rico por escritor liberal. El viernes 28, se hizo circular en los tribunales y oficinas de esta capital, la suprema orden del Consejo de Gobierno, por la que se nombró vocal del Consejo de Estado al Sr. Dr. D. José Baquijano, habiendo sido cumplimentado por todos los tribunales y autoridades de la capital; mas una mano oculta paralizó el regocijo público que se manifestó, y muchos de sus amigos fueron presos; y bajo el pretexto de revolución popular, fueron cubiertas las calles de tropa armada y las más inmediatas a su casa con artillería. Por una fragata que fondeó en el Callao, procedente de Cádiz, el lunes 29 de julio, recibió el Virrey Abascal los despachos de Consejero de Estado, que le mandó el Consejo de Regencia al Sr. Baquijano, y los de la gran Cruz de Carlos III y Marqués de la Concordia para él, como fundador del regimiento así denominado. Se le hizo saber también, la salida del navío "San Salvador" que venía con tropas, para contener a los extraviados insurgentes. En estas circunstancias se organizó un ejército en el Alto Perú, del que fue nombrado general en jefe D. José Manuel Goyeneche, con el objeto de contener los progresos de los llamados independientes, que trataban de forzar hasta el Desaguadero; Goyeneche aprovechó algunas ventajas, aunque a costa de su reputación, dignidad de la nación española y leyes militares, recibidas en todas las naciones cultas, faltando a todo derecho y cometiendo el mayor crimen y perfidia, quebrantó un armisticio celebrado con el ejército argentino. Por tan deshonorosos y negros recursos, consiguió derrotarlo completamente. Mató hombres indefensos, hizo prisioneros, tomó sus armas y parque. El General Viamont que mandaba a aquéllos, tuvo un motivo honroso que lo puso a cubierto ante la opinión pública, contra los ataques fiscales de un consejo de guerra, que se le formó, en la ninguna moralidad del General español, que a poca costa hubiera excusado campañas tristes y derramamiento de sangre entre hermanos. Estos tristes acontecimientos, dieron a Goyeneche orgullo y animosidad para perseguir a los argentinos hasta que comprometido por su situación y repetidas órdenes del Virrey volvió a ocupar sus primeras posiciones y regresó a la capital de Lima.

Disgustado el Virrey por la pérdida de las batallas de Tucumán

y Salta, nombró de General en Jefe para el ejército de operaciones al Teniente General Sub-Inspector del reino D. Juan Inostrosa, que acababa de llegar de la península. Este no admitió el cargo presentando excusas honrosas y bien fundadas en su escasa salud. Estrechada más la urgencia de nombrar un General en Jefe que arreglase el ejército y le diese moralidad, de que carecía, fue finalmente nombrado el Mariscal de Campo, coronel y Sub-Inspector del real cuerpo de artillería D. Joaquín de la Pezuela y Sánchez, el cual inmediatamente marchó a ponerse a su frente, y al del enemigo en los llanos de Vilcapujio, disputándole las glorias al General Belgrano, que ya por entonces mandaba el ejército de los independientes del Río de la Plata; quien retirándose con pérdida considerable de tropa, al fin dio nueva batalla en los campos de Auyohuma, donde fue completamente batido y derrotado. Esta campaña de poco más de dos años, aumentó la opinión del General Pezuela de tal suerte, que informada la Corte por el Virrey Abascal (a quien recompensó con ingratitudes), le acordó el grado de Teniente General.

Reinando Fernando VII, después que regresó de Francia, vino a Lima del Alto Perú, donde mandaba el ejército que obraba contra los independientes del Río de la Plata, el Virrey D. Joaquín de la Pezuela y Sánchez, Teniente General, Coronel del Real Cuerpo de Artillería y Caballero Gran Cruz de Isabel la Católica, domingo 8 de junio de 1816. Tomó el mando interinamente y se recibió en público en 10 de agosto del mismo año. Su antecesor, el Sr. Abascal, se embarcó para España, dirigiéndose por el Cabo de Hornos a dar cuenta a S. M. de su comisión en miércoles 1° de enero de 1818. Emprendió la obra de una nueva calle, que mandó abrir desde la esquina que llaman de las Animitas hasta la portada; con este objeto ordenó se comprasen con los fondos de los propios de Cabil-do, algunas casas con parte de dos huertas en ambos lados y se rompieron varios cimientos, marcándose departamentos de un hospicio para pobres con otros menores y algunas tiendas, con perjuicio de sus propietarios; lo que no tuvo efecto y quedó desierto el trabajo, por falta de recursos. Arregló en mejor orden los tribunales, oficinas y demás establecimientos; fijó un reglamento con aprobación Real para la maestranza; creó la brigada de artillería sobre bases de la nueva ordenanza para esa arma, y concluyó en virtud de reales órdenes con diseños científicos, el cuartel de Santa Catalina. En 30 de setiembre de 1818, estableció un Consejo Militar permanente para juzgar a los ladrones y cuatrerros, que tenían infestada la

ciudad y los caminos. Por los meses de enero y febrero de 1817 se celebró suntuosamente en Lima, el recibimiento del Virrey interino Pezuela; se formaron tablados en la Plaza Mayor y lidiaron toros, todo costado por la Municipalidad. No se verán frecuentemente funciones tan magnas como éstas en América.

En 9 de diciembre del mismo año, zarpó del puerto del Callao para Talcahuano una expedición, compuesta de los batallones Arequipa, Burgos, el Infante, Lanceros del Rey, Dragones y una compañía de artillería que acababa de llegar de Cádiz, después de pasar el Virrey revista general a dicha división el 20 de noviembre anterior, y dándole el mando de ella al Brigadier D. Mariano Ossorio, su hijo político. Este fue batido y completamente derrotado por los republicanos de Chile en los campos del Maipú, el domingo 5 de abril de 1818; y escapando con muy pocos oficiales, se fue con ellos a la provincia de Concepción, y de allí se dirigió al Callao, a cuyo puerto llegó con 60 hombres a fines del mismo mes. Esta victoria dio tanta animosidad a los vencedores, que resultó de ella la independencia del Perú; pues el viernes 8 de setiembre de 1820, se presentó el General D. José de San Martín en el puerto de Paracas, cincuenta leguas al Sur de Lima con 3700 hombres de toda arma, después de haber recorrido la costa Lord Cockrane el año anterior con la escuadra de Chile. San Martín ocupó a Pisco, Chincha, e Ica con sus valles sin resistencia. Se proveyó de cuanto el país produce, montó su caballería, sublevó las provincias, batió en Nasca al Coronel Quimper y aumentó sus filas. Hizo internar en la sierra al General Arenales con poco más de mil hombres; y cruzando éste las provincias de Huamanga, Huancavelica y Tarma, batió en Pasco un batallón y un escuadrón que mandaba el Brigadier Orrely, de cuya fuerza no escapó un solo hombre. Pasóse el batallón Numancia completamente municionado; y se sublevó Guayaquil, hallándose de gobernador el Brigadier D. José Pascual de Vivero, perdiendo allí los españoles un batallón, que había ido de auxilio del Alto Perú; sublevóse el marqués de Torre Tagle con la intendencia toda de Trujillo; y en fin, abordó Lord Cockrane la fragata de guerra "Esmeralda", sacándola del puerto del Callao debajo de los fuegos de la plaza.

En esta crisis se vio al General San Martín aproximarse a Retes. Se observó una apatía muy notable de parte del gobierno español para tomar resoluciones militares del caso. Se promovió una entrevista en Punchauca con dicho General y continuó el Virrey

con la misma morosidad. En aquella época se abrieron comunicaciones entre el General San Martín y el gobierno español en el pueblo de Miraflores; y hubieron conferencias con sus comisionados en el de la Magdalena. El General Arenales se reunió con San Martín en Huaura, presentándole por trofeos de su campaña muchos recursos, y más de cincuenta prisioneros de guerra entre jefes y oficiales. Estos fueron confinados a Huarmey, en cuya población, abusando de la libertad que se les permitió, se sublevaron contra las autoridades, dieron muerte al Alcalde, y se dirigieron a la sierra después de haber saqueado a sus habitantes, llevándose preso al comandante Telles; pero habiendo reunido más de ochocientos hombres el Dr. D. Gabino Uribe, propietario de esa provincia, logró alcanzarlos a tres o cuatro jornadas de Huarmey, y cercando a los prófugos en una quebrada, los tomó a todos sin efusión de sangre y los condujo a Huaraz a disposición del jefe, que allí había. Entre los artículos de un tratado que entonces se proyectó, propuso el Virrey dos cosas verdaderamente inadmisibles: la primera fue, que tuviesen suspensión de armas hasta dar parte al Rey; y, la segunda, que debía gobernar el Perú un príncipe de la dinastía española; entretanto los habitantes de la capital padecían hambre a causa de la falta de víveres, y todo ciudadano y el Ejército, se entusiasmaron más y más por la causa de la independencia, trabajando en favor de ella muchas gentes; así es que San Martín aumentaba cada día más su fuerza, y se disminuía la contraria. Por todos estos motivos, mandó el Virrey a Huaura en comisión, al capitán de fragata D. Manuel Abreu (el cual fue muy bien recibido por el General San Martín conforme a su rango), para que se abriese un armisticio de veinte días, el que se verificó con prórroga de doce más. Tan desconcertados planes del gobierno con mengua del nombre español, fueron los últimos motivos que impulsaron a un cambio, obligando al Virrey Pezuela a que consignase la autoridad como se realizó, embarcándose para Cádiz con pasaporte del General San Martín (por hallarse la costa bloqueada, y en sus puertos la escuadra auxiliadora de Chile) en un buque inglés a las once de la noche del martes 5 de junio del mismo año, por una caleta reservada del pueblo de Chorrillos, dirigiéndose del de la Magdalena donde se hallaba estacionado.

A nombre del Monarca reinante fue nombrado en Lima Virrey interino el Teniente General don José de La Serna el lunes 29 de enero de 1821; quien inmediatamente dictó las órdenes más efica-

ces, para que los Generales Valdés y Ricafort, marchasen sobre Jauja y limpiasen aquella provincia de los enemigos que la infestaban, en la que se presentaron dos batallas, una en Huancayo y otra en Ataura, saliendo herido el segundo. Hallándose los españoles en necesidad de hacer la guerra, reunieron al ejército los batallones que se hallaban estacionados en Lima, supuesto que por momentos se desmoralizaban más y más; marcharon de la Capital el lunes 25 de junio del citado año y el Virrey La Serna con algunos jefes y oficiales, el viernes 6 de julio siguiente, dejando de Gobernador político y militar de la Capital al Mariscal de Campo y Conde de Valle-Oselle, D. Pedro José Zárate. A su marcha dejaron guarnecidas las fortalezas y plaza del Callao, al mando de su gobernador D. José de La Mar y con víveres suficientes para un sitio. El General San Martín ocupó Lima la noche del lunes 9 del mismo, en la que como precursor de su entrada se sintió un fuerte temblor. Para jurar la Independencia todas las corporaciones y tribunales, tuvo un Cabildo abierto, al cual se obligó asistiese el Illmo. Sr. Arzobispo, quien no se conformó con el sistema republicano adoptado, y por el contrario con debates y argumentos pomposos e insustanciales intentó paralizar la marcha que todo el Perú ya seguía; por cuyos fundados motivos, le fue intimada la orden de que dejase el país, lo que verificó a las cinco de la tarde del miércoles 5 de setiembre del mismo año, embarcándose para la Península en el puerto de Ancón. Este prelado sirvió en su dignidad archiepiscopal, catorce años nueve meses diecinueve días. Durante este tiempo llenó su alto ministerio, atendió al clero y regulares, tuvo mucho celo por el culto y aseo de los templos, especialmente de su metropolitana, que adornó con el mejor gusto en lo interior y exterior, dando la última mano a lo que dejó pendiente su antecesor; fue muy limosnero; pero acordándose que era español de nacimiento, desde el punto que la América trató de su emancipación, se olvidó del alto ejercicio apostólico que servía, obló cantidades de dinero, extorsionó con cupos a su Cabildo y clero, con lo que enteró todo lo que se propuso dar para ayuda de una desastrosa guerra, que se prolongó por esos recursos extraordinarios con que contribuía; esta conducta dio lugar bastante al Ilustrísimo Sr. Dr. D. José Cuero y Caisedo Obispo de Quito, para manifestarle lo indigno que era de un príncipe de la iglesia este procedimiento, y declararle por los Cánones que estaba irregular y aun excomulgado: aparentó temor y que variaba de dictamen; por lo que hizo reunir algunos teólogos

serviles para consultarles su conducta, quienes sin conciencia aprobaron sus obras por adulación.

La plaza del Callao estaba sitiada; y defendiéndola del asalto que se le dio, el general La Mar que la sostuvo con honor hasta el lunes 13 de setiembre en que capituló. El Virrey La Serna ofreció auxiliarla, y al efecto mandó dos mil infantes y ochocientos caballos a las órdenes del General Canterac, que salió de Jauja el jueves 24 de agosto; campó bajo los fuegos del Real Felipe. Entonces los españoles supieron que en Lima se entretuvieron el viernes 28 de julio en la jura de la Independencia; que el general San Martín acompañado de los jefes y autoridades, la realizó en los parajes acostumbrados. Cuando el general Canterac ocupó San Borja (porque no intentó entrar en la Capital) el ejército independiente se atrincheró en Mendoza; y tan luego como el español pasó al Callao, retrogradó San Martín por el flanco izquierdo y ocupó la línea desde el río, por el tambo de Mirones hasta la Magdalena. La posición del ejército español era antimilitar, porque empeñada una acción y perdida, era inevitable la pérdida de todo el Perú; pero evacuó el ejército enemigo la plaza del Callao el domingo 16 de setiembre, dirigiéndose al Norte de la Capital. Amaneció en Oquendo el lunes 17, y como a las nueve de la mañana fue obligado a levantar el campo por los fuegos de un bergantín. Campó entre S. Lorenzo y Copacabana con los riesgos de estar inutilizada la tropa por la dura marcha seguida. Como se hizo muy apresurada la contramarcha, fue preciso dejar los equipajes en el Callao para quedar en franquía, creyendo que el ejército regresaría presto, pues habían convenido en auxiliar la plaza con víveres en el término perentorio de siete días, quedando a enviar La Mar al General bloqueador 80,000 pesos que para ese objeto quedaron en su poder; pero no tuvo efecto esa medida, porque el Gobernador no los mandó y la plaza empezó a capitular el miércoles 19, ocupándola los patriotas el 21. No es fácil concebir cómo cubriría el General La Mar este procedimiento, habiendo quedado con el General Canterac de defender la plaza siete días más, tuviese o no efecto la contrata, en virtud de la cual, se introdujo en ella todo el ganado vacuno y lanar que tenía el General en Jefe para mantener el ejército; mas no fue extraña, la conducta de La Mar al vérselo tomar partido después con los independientes, que proclamó a sus compatriotas, manifestándoles que toda su vida había apetecido un momento favorable como aquél, que era americano, y que como tal expresaba sus sentimientos libe-

rales; por cuya confesión y la entrega de las fortalezas del Callao, mereció ser declarado Gran Mariscal del Perú. Pasado todo lo referido, se ocuparon en Lima en la creación del Orden del Sol, de grandes Cámaras, grandes Consejos de Estado, Grandes Mariscales, grandes cantidades de papel moneda y todo grande e ilusorio; ocupados en estos procedimientos sin cálculo ni previsión, se cuidaron poco de la actividad con que el ejército se reponía, embriagados en los placeres. El martes 18 de setiembre, se presentaron dos escuadrones y como 600 montoneros independientes bien montados, los que fueron perseguidos desde las Huacas hasta Tamboinga y luego emprendió el ejército español su retirada a la Sierra, sintiendo en esta marcha la más escandalosa deserción hasta de jefes y oficiales. De modo que, a los tres días de jornada, puede decirse sin exageración, marchaban los batallones y escuadrones en cuadro.

Describir los acontecimientos de esta marcha desde el lunes 28 al 1° del mes de octubre, en que quedaron las tropas acantonadas entre Tarma y Huancayo, puntos ocupados por el Virrey durante esta operación, sería tan difuso como inoportuno. La expedición al Callao fue por su naturaleza digna de más observaciones, pues se advirtieron algunas ocurrencias muy interesantes. Estacionadas las tropas en Jauja, como ya se ha dicho, se dedicaron los españoles a la reorganización del ejército. Siendo de suma importancia que el Virrey se situara en un punto central y de contacto con las provincias, a fines de diciembre se dirigió al Cuzco, distante de Jauja ciento cincuenta leguas. Tan luego que se estableció en dicha ciudad, empezó el ejército a recibir recursos. Mientras tanto, las autoridades de los independientes en Lima, ocupáronse de preferencia en confiscar los bienes de los españoles, expulsando a la mayor parte de ellos fuera del Perú. A la verdad, San Martín, Cockrane y otros jefes que vinieron con éstos, más amaron su conveniencia particular que la independencia del país, como lo advertirán los hombres imparciales. En fin todos ellos, no pensaron en destruir el ejército español y hacer la independencia, sino en pasar una vida llena de placeres. ¡No se puede calcular el caudal que se llevó Lord Cochrane, ese gran patriota! Ultimamente, ellos solos fueron la causa de que se prolongase una guerra que debió concluir inmediatamente; ellos han sido el origen de tantos males que han acontecido en el desgraciado Perú.

Instruidos de la traslación del Virrey al Cuzco, mandaron un parlamentario que se recibió en Jauja el jueves 1° de noviembre,

conduciendo pliegos para S. E., no sólo del General San Martín, sino también del Comisionado Regio Abreu y el General La Mar, después de haber capitulado la plaza del Callao. Los pliegos del primero no acompañaban más que gacetas en las que se ponderaban algunas ventajas conseguidas por los disidentes de algunos puntos de América; el segundo, siendo el comisionado, se atrevió a aconsejar al Virrey, desde el centro de los independientes y por conducto de ellos, omitiese todo rigor como inoportuno, y que retirase el ejército al Cuzco, como único medio de salvarlo, dándole así un valor moral que no tenía y a los defensores del Rey razonés que los mantuviese fieles; y el tercero, dirigía una representación por la que renunciaba todos los empleos recibidos del Gobierno Español. El Virrey contestó a Abreu mandándole el pasaporte que solicitó para España, protestándole que con igual fecha daba cuenta a S. M. Al Sr. La Mar dijo que remitiese sus despachos con una representación al Rey; porque en sus facultades no estaba admitir esa renuncia; mas no lo verificó La Mar. A fines de octubre salió de Jauja una corta división al mando del Teniente Coronel D. Dionisio Mansilla, con el objeto de recoger algunos artículos necesarios, la que regresó sin tener encuentro alguno. El viernes 30 de noviembre, marchó para el mismo punto otra división al mando del General Loriga, con el mismo objeto; y después de algunos encuentros con pérdidas de ambas partes, se retiró con algún fierro que se necesitaba con urgencia.

El miércoles 2 de enero de 1822, lograron algunos malvados seducir la guarnición de Potosí. Pusieron presos a algunos españoles tranquilos y honrados que habitaban en aquella villa; robaron considerables intereses que existían en cajas y proclamaron la independencia. El sábado 12 del mismo mes, ocupó Potosí el General Maroto con trescientos infantes y cien caballos que sacó de Chuquisaca. Fueron los principales motores juzgados por una comisión militar, y sufrieron el condigno castigo. El domingo 13 entraron también a Potosí las tropas de Tupiza y de Oruro, de modo que se aseguró el resultado que había obtenido dicho General. Este recomendó sobremanera la decisión de la tropa, y la de los indígenas, que aseguraron haber sido engañados. La tranquilidad de esos puntos fue de una utilidad inmensa. El domingo 24 de febrero, recibieron en el cuartel general noticias oficiales del General Carratalá, que operaba sobre Cangallo, provincia de Huamanga, asegurando habersele presentado los ciudadanos más principales y también los caudillos

de la revolución, pidiendo perdón de sus extravíos. En esas circunstancias, se supo en la capital de Lima, haberse sustraído de la escuadra chilena, que guardaba sus costas, por su Vice-Almirante Cochrane, todos los caudales embarcados con motivo de nuestra expedición al Callao en setiembre de 1821, con el pretexto de satisfacer los atrasos de la tripulación. Deseando los independientes abrir una campaña, se ocuparon en hacer reclutamiento en la costa y dar libertad a los esclavos. Con tal base, mandaron tres batallones, dos escuadrones y cuatro piezas de batalla a Ica; mas, el Virrey mandó al general Valdés, con mil doscientos infantes, seiscientos caballos y tres piezas de artillería. El sábado 6 de abril del mismo mes ocuparon el Carmen Alto. Al llegar a la Macacona fue tomado algún ganado por las tropas del Rey. El General Valdés, sabiendo que el General Tristán tomaba el camino real, lo ocupó antes a la una y cuarto de la mañana; chocaron ambas divisiones y a las tres ya no existía cuerpo alguno de los independientes; quedó el campo cubierto de sus cadáveres y heridos, más de mil prisioneros y las cuatro piezas de artillería con todo su tren. Se dio orden a las tres de la mañana para que un escuadrón de granaderos marchara a Pisco, medida por la que fueron prisioneros todos los dispersos; al amanecer del lunes 8 se encontró casualmente con el escuadrón Lanceros del Perú, que venía desde Chincha a reforzar la división de Tristán, lo cargó y derrotó completamente, quedando noventa prisioneros y diez muertos, sin que por la parte del Rey hubiese ninguna desgracia. Al amanecer del martes 9 de abril, entró el General Valdés a Ica comunicando al Virrey con la velocidad del rayo el triunfo que había obtenido. El General Loriga se adelantó a Pisco, recogió el armamento, municiones y otros artículos que el temor hizo abandonar a los patriotas. Luego que llegó a Lima la noticia de la completa derrota del General Tristán (antes coronel del ejército español) mandó el General San Martín que fuese juzgado éste y el coronel Gamarra ¿y qué resultó? Que se les condenó a suspensión de empleo por un año. En esta derrota cayó prisionero el coronel Aldunate, quien fue canjeado. Después regresó el General Valdés con su división al valle de Jauja, quedando con una columna en Ica el general Carratalá.

Después los jefes de las fragatas "Prueba" y "Venganza" y de la corbeta "Alejandro", entregaron a los independientes. Estos buques, antes que el General La Serna fuese proclamado Virrey, habían desaparecido de las costas del Perú. Sólo el Sr. Pezuela sabía

las instrucciones que llevaba. Después se presentaron en Panamá estando ya sublevados, y celebraron con la plaza una especie de convenio en que se ofrecían víveres a las fragatas para dirigirse al Janeiro u otro punto, para que no hostilizasen los puertos de Colombia. Las fragatas y corbeta aparecieron más tarde bloqueando a Guayaquil, sin que se supiera si tomaron o no los víveres en Panamá, y allí inesperadamente se rindieron por medio de un tratado que fue deshonoroso para los jefes que las mandaban. Se asegura que los generales La Mar y Llanos, que al servicio de los patriotas se hallaban en Guayaquil, contribuyeron mucho a realizar esa rendición.

Desde el 7 de abril, quedó Ica por el Rey y aunque volvieron después a ocuparla los enemigos, permanecieron poco tiempo, obligándoseles a abandonarla. El Teniente Coronel Raulet con 200 hombres de caballería escogidos, fue comisionado por los independientes para ocuparla; mas, el General Carratalá cargándolo en la plaza de la misma ciudad, logró destrozarlo causándole una pérdida de más de 80 hombres. Los habitantes de Pisco, Ica y sus valles, trabajaron en favor de la causa española con el mayor entusiasmo, y a ellos se les debió el que por largo tiempo se mantuviera la costa hasta Cañete, libre de la invasión de los independientes. Después de haber batido a Raulet, fue destruada la célebre partida de Quirós y fusilado su caudillo por la división de la costa. Las montañas de Yauyos y Yauli, fueron batidas en Chupamarca, Tapacu y los altos de Viscamachay; la de Orrantia fue sorprendida, quedando muertos y prisioneros sus individuos, incluso el mismo caudillo.

La división de Tupiza, batió e hizo prisionero al cabecilla Sánchez, con otros varios en la provincia de Tarija. El General San Martín previendo la decadencia de su opinión, delegó el mando supremo en el marqués de Torre Tagle, quien hacía sólo lo que éste y el Ministro Monteagudo le ordenaban. La marcha del pueblo no mejoró a pesar de esa notable mutación; los recursos iban a menos por las frecuentes dilapidaciones y la antigua opulencia de Lima desapareció. La derrota de la división del General Tristán, a la que llamaban del Sur, consternó a los buenos patriotas e infundió un desaliento general; y San Martín, previniendo sus efectos, anunció una entrevista a Bolívar, llamado Libertador de Colombia. Este ocupaba Guayaquil, a consecuencia de la catástrofe de Pichincha, donde la ineptitud de Aymerich, después del fallecimiento de Cruz Moricau, puso a su entera disposición el reino de Quito. Durante la ausencia del General San Martín, continuó con el mando Torre Ta-

gle, pero el Ministro Monteagudo hizo tan remarcable su atroz conducta, que el viernes 26 de julio se sublevaron en Lima pidiendo a voces su cabeza o al menos su lanzamiento del país, lo que obtuvieron. ¡Cuántos crímenes no cometería este hombre, cuando el pueblo limeño, moderado por carácter hizo esta revolución! Consideradlo bien. Los periódicos de esa época dan algún testimonio de ellos, especialmente uno titulado "Lima Justificada", en el que se asegura, que en tiempo del exministro Monteagudo fueron obligados a abandonar sus hogares como 800 familias. San Martín después de la deposición de su favorito y de la entrevista con Bolívar, regresó a Lima bien satisfecho de las miras de éste; y convencido de que su opinión, respecto de los pueblos y aun de las tropas, había decaído mucho, a beneficio de los enemigos de su engrandecimiento y de la criminal conducta de su más predilecto Ministro. Se encargó de nuevo de la suprema autoridad, decidido a desterrar las ideas republicanas que se habían extendido demasiado; pero advirtiendo que el ejército no estaba dispuesto a sostener sus planes, se ocupó sólo de la reunión del Congreso. San Martín aborrecía por principio el gobierno representativo, teniéndolo por perjudicial para un país donde los intereses de los habitantes son diversos y encontrados, como las castas de que se compone. En apoyo de su opinión, citaba con frecuencia los males que a las provincias de Buenos Aires habían ocasionado sus Congresos. No obstante todo esto, convocó a los diputados de la provincia de Trujillo y parte de los de Lima y Tarma, que era el territorio independiente, haciendo que eligiesen, por las que se conservaban bajo el dominio español, algunos individuos de los que se hallaban en la Capital, sin atender a que fueran o no hijos de ellas, ni que los hubiesen habilitado en tiempo alguno. De este modo se instaló el Congreso, el viernes 20 de setiembre, y San Martín resignó la autoridad que ejercía. Las primeras tareas de que se ocupó esta corporación, fueron declarar al Perú república independiente; nombrar tres de su seno que ejercieran el Poder Ejecutivo, con el título de Junta Gubernativa, y conceder a San Martín el honroso título de fundador de la libertad del Perú, nombrándolo Generalísimo de mar y tierra. San Martín admitió lo primero solamente, y bajo del especioso pretexto de que la presencia de un General afortunado era siempre temible a los gobiernos nacientes, dejó el Perú, llevando consigo el estandarte con que Pizarro lo conquistó. El Congreso no hallando recursos para mejorar la situación del país, pues que la capital exhausta de ellos y sobrecar-

gada de tropas, proyectó una expedición a las costas de Arequipa y nombróse de General en Jefe a D. Rudecindo Alvarado. La expedición se componía de los batallones Nos. 7, 8 y 11 del Río de la Plata, 2°, 4° y 5°, de Chile y Legión Peruana; cuatro escuadrones de Granaderos de los Andes y diez piezas de artillería de campaña.

Empezó a embarcarse en el Callao el martes 1° de octubre y se hizo a la vela en tres divisiones, los días jueves diez, martes quince, y jueves diecisiete del mismo mes. Los jefes españoles no ignoraban cuantos pasos daban en Lima; sabían el estado en que la expedición se hallaba, cuándo zarpaba, de qué fuerza se componía, cuál era su principal objeto y los puertos destinados a su desembarco. Así fue, que el jueves siete y sábado nueve de noviembre, por órdenes del Virrey, salió de Huancayo con destino al Cuzco el General Canterac, con dos batallones y cuatro escuadrones, dejando el resto de las tropas en el valle de Jauja con el General Loriga. El General Valdés se hallaba en la provincia de Arequipa con los batallones Gerona y Centro, y los escuadrones 3° de San Carlos, 3° de Dragones de la Unión, el regimiento Granaderos de la Guardia, dos escuadrones de Cazadores de a Caballo, Dragones de Arequipa, y una compañía de zapadores. Estando éste —el Virrey— seguro del punto de desembarco y de la dirección que precisamente debían tomar los enemigos, por comunicaciones mandadas de Lima de algunos adictos al Rey, situó en Torata a Gerona, en Omate al Centro, y en el alto de la villa de Moquegua toda la caballería, excepto el 3er. escuadrón de Dragones de la Unión, que ocupaba el valle de Sama, extendiendo sus observaciones hasta el puerto de Arica y comunicando órdenes a la costa, para que alejasen de ella toda especie de ganado, y todos los artículos de que pudiesen tener necesidad los enemigos.

El domingo 15 de diciembre ya se hallaban reunidos los buques en Arica, y en seguida la expedición verificó su desembarco, habiendo remitido a Tarapacá la compañía de cazadores del No. 11. En dicha provincia estaba de Subdelegado el Teniente Coronel Anaya, quien se unió a los independientes, haciéndoles después los caballos de frisa y otras obras de fortificación en la plaza del Callao. La falta de movilidad, no les permitió obrar tan luego, y así no abrieron la campaña hasta fines de dicho mes: ocuparon Tacna el 29, pasando a Tarapacá el Batallón No. 2. Instruido el Virrey de todos los pasos del enemigo, ordenó al General Canterac que se situase en Puno, y que el General Carratalá con un batallón y un

escuadrón marchara sobre Arequipa, para evitar a esta ciudad de las correrías de Miller, que con la compañía de cazadores del batallón Legión Peruana de su mando se hallaba en Sihuas (habiendo desembarcado en Quilca) intimase rendición al gobernador. Entretanto, el General Valdés conforme con las instrucciones recibidas, obligaba al enemigo a internarse: para el efecto se dirigió sobre ellos en Calana el miércoles 1° de enero de 1823. Ufano Alvarado con su superioridad, emprendió su marcha a Moquegua. El General Canterac emprendió su marcha desde Puno, y forzando jornadas, siguió la misma dirección. Alvarado ocupó el sábado 18 aquella villa, y el domingo 19 buscó al General Valdés en Torata. Este jefe calculando la aproximación del General Canterac, se propuso disputar el terreno, sin embargo de no contar más que con cerca de dos mil infantes y cuatrocientos caballos. A las diez y media de la mañana, empezó a batirse una compañía de Cazadores del Centro con la del No. 5 en una quebrada a un cuarto de legua antes de Torata, y como a las dos y media se retiró Valdés sobre el cerro de Valdivia, que está como diez o doce cuadras al norte de Torata; esta posición es inexpugnable, y en ella esperaron los españoles a los independientes. Sólo el General Alvarado pudo cometer la temeridad de atacarlos en ella; porque a la verdad, era muy desventajosa para su Ejército la posición enemiga. Valdés para tomarla, fue perdiendo terreno, y también algunos soldados; cesó el fuego a las siete de la noche, habiendo sido rechazados los independientes con pérdida seiscientos muertos, incluso veintisiete oficiales y cuatrocientos y tantos heridos. El General Canterac con un oficial del Estado Mayor y uno de sus ayudantes, llegó al campo de batalla como a las cuatro de la tarde, en circunstancias que estaba la acción más empeñada. Desde este momento dirigió las tropas que vencieron a más de seis mil soldados.

El lunes 20, con el General Monet, se incorporaron los cuerpos que conducía el General en Jefe, y, el martes 21, fueron alcanzados los enemigos en los altos de Moquegua, y destrozada la infantería y artillería en menos de una hora de combate. Muy pocos de éstos llegaron al puerto de Ilo, donde estaban sus transportes. El General Canterac después de derrotar al General Alvarado, tomó la caballería que constaba de doce o trece escuadrones con cazadores a la grupa, a fin de perseguir los derrotados, y como a distancia de media legua al oeste de Moquegua, alcanzó a los cuatro escuadrones de Granaderos de a caballo de los Andes. El bizarro comandante

Lavalle, que se hallaba a la cabeza de ellos (por haber salido herido de una pierna en la batalla de Moquegua su coronel D. Eugenio Necochea); aquel bravo teniente coronel, mandó volver caras a los granaderos, y puso en fuga a esa grande fuerza vencedora y los acuchilló persiguiéndolos hasta cerca de Moquegua. Después volvió Canterac a organizar sus escuadrones, con los que volvió a buscar a los derrotados, para impedirles el que se embarcasen; pero en el sitio de la Rinconada se encontró nuevamente con ellos, los cuales les dieron segunda carga, en la que fueron pasados a cuchillo muchos soldados de Canterac. Por ser la fuerza de los españoles en Moquegua de más de ocho mil hombres, no derrotó a todos Lavalle y cesó de perseguirlos. El regimiento de granaderos marchó por la costa a Iquique a incorporarse con el No. 2. El jueves 13 de febrero, fueron batidos en ese punto por el General Olañeta, quien les tomó toda la caballada y algunos prisioneros, entre éstos diez oficiales y jefes, después de haberles causado una mortandad horrorosa. Así concluyó este Ejército, que llamaba su General "compuesto de viejos guerreros" a quienes agobiaba el peso de tantos laureles, y que el Congreso miraba como invencible, decretando la construcción de un obelisco en Arica, en memoria de su feliz desembarco y próxima conquista de todo el Reino.

El General Canterac regresó a Huancayo, acompañado del General Valdés. El General Loriga se estacionó en el valle de Jauja, a pesar de los esfuerzos que los independientes hicieron para desalojarlo, con los movimientos que hacían por la costa amagando flanquear su posición y con las hostilidades que contra él ejercían en todas direcciones las numerosas montoneras o guerrillas que tenían. Algunos se felicitaban por los resultados de esta campaña; mas, entre tanto, aterrados en Lima los independientes con la derrota del General Alvarado, trabajaron por un cambio político removiendo la Junta Gubernativa que presidía el General La Mar, porque no obraba con la independencia y actividad que las circunstancias demandaban, sino de acuerdo con la mayoría del Congreso, que en cierto modo había absorbido el Poder Ejecutivo. En esta crisis delicada, paralizado el curso de las operaciones del ejército contra los españoles por falta de unidad de acción y de caudillo; consternada la capital con el porvenir que se aguardaba, pues cada ciudadano trataba de abandonar el país creyendo interminable la guerra y sus funestas consecuencias; comprometida la fuerza armada que hasta entonces era sacrificada con impunidad, contribuyó directamente a realizar el

cambio de gobierno, que tuvo lugar por medio de repetidos recursos presentados al Congreso, que suscribieron el General en Jefe y demás notabilidades del ejército, a fin de que deponiéndose a la Suprema Junta, ocupase la presidencia el coronel D. José de la Riva Agüero. Este jefe encargado del mando de la República, puso en acción cuantos medios estuvieron a su alcance para reorganizar el ejército y abrir la campaña que debía consumar la independencia. Al efecto, pidió a Chile y Colombia los auxilios necesarios, y con ellos se preparó una expedición compuesta de los batallones Legión Peruana, Cazadores del Ejército, 1, 2, 3, 4 y 6, una brigada de artillería y dos regimientos de caballería, que al mando del General Santa Cruz, marchó a la costa de intermedios apoyada en la grande distancia en que se hallaba diseminado el ejército español, en la fácil comunicación que podía conservar con la capital de Lima, mediante el auxilio de la escuadra, y, últimamente, contando con los refuerzos que se esperaban de Colombia al mando del General Bolívar, que había obtenido del Congreso de aquella República, el permiso para trasladarse al Perú con el fin de concluir la guerra.

Reunido el ejército español en el valle de Jauja, emprendió su marcha sobre Lima el 2 de junio del año ya citado, a pesar de algunas noticias de la preindicada expedición; habiendo batido en su tránsito con ventaja a sus armas, a las partidas de guerrillas independientes mandadas por Huavique, Ninavilca y Vivas, en Chincha y Yurasmayu. En las inmediaciones de Lima supo el General Canterac, de un modo evidente y detallado, la salida de la expedición para la costa del Sur. Sin embargo, ocupó con su ejército la capital el 18 de junio, situándose al día siguiente en la hacienda de Concha a una legua de distancia y a la vista del Callao, a cuya plaza le puso estrecho sitio. El General Canterac reconoció el 26 las fortalezas, al frente de las que se batieron las columnas que condujo bajo los fuegos de aquéllas, desde las doce del día hasta ponerse el sol que se retiraron con bastante pérdida.

El Congreso que se trasladó al Callao, continuó allí sus sesiones. Conociendo la incapacidad del Presidente Riva Agüero para dirigir por sí las operaciones de la guerra, confió el supremo mando militar al General de División de la República de Colombia Antonio José de Sucre, ordenando al Presidente se trasladase a Trujillo, a fin de dar impulso a los ramos de la administración pública y de preferencia a aquellos que tendían a destruir el ejército español. En efecto, investido el General Sucre del supremo mando militar, se dirigió

a Quilca con una división organizada con los batallones de Colombia, Voltijeros, Pichincha y Vencedores, dos compañías del No. 3 del Perú, dos escuadrones de Guías, y uno de Dragones de Chile. Estas noticias, la escasez de recursos y más que todo, la internación del General Santa Cruz a las provincias del Alto Perú, obligaron al General Canterac a levantar el sitio del Callao el 16 de julio y a evacuar la capital, después de extraer las máquinas de la Casa de Moneda, y de prestar movilidad y raciones de campaña a las familias que quisieron emigrar al interior; dirigiéndose una parte del ejército a Huancavelica y, otra, al mando del General Loriga, a Jauja. A los pocos días de marcha, recibió el General en Jefe noticias oficiales, de haber sido derrotada una división independiente en Huánuco el 12 del mismo mes de julio por los tarneños, y de que el General Santa Cruz había invadido la provincia de La Paz. Que El Virrey, dejando el Cuzco, pasaba a mandar en persona las tropas que tenía a sus inmediaciones; que el General Sucre, después de haber ocupado Chala, se dirigía a Quilca, mandando por tierra parte de su caballería con ganado para incorporarse en Arequipa; y que el General Valdés, por la ruta del Cuzco, forzaba las marchas para unirse al Virrey, que tenía su cuartel en Sicuani.

Al intento marchó el General en Jefe a Huamanga con dos batallones y un escuadrón, a fin de tomar desde allí la dirección que más conviniera. Instruido en dicha ciudad, que el Virrey después de habérsele reunido el General Valdés, marchaba decididamente a buscar a Santa Cruz al Desaguadero, resolvió tomar la ruta de Arequipa, ordenando al General Monet que se le incorporara en Puquio con su división, y dejando sobre Ica los restos de Dragones de Lima y de la Constitución, que se dispersaron en Pisco al amanecer del viernes 11 de agosto por un notable descuido. El General Valdés desde Sicuani marchó a Puno a tomar el mando de la vanguardia, que se componía de dos batallones y tres escuadrones, se dirigió al Desaguadero que ocupaba Santa Cruz y reconoció las fuerzas enemigas que allí había, a costa de un pequeño tiroteo. Mas instruido el jefe enemigo de la fuerza que mandaba Valdés, marchó rápidamente sobre él, con cuatro batallones y tres escuadrones, el viernes 25 de agosto. El General español se retiró en buen orden hasta los altos de Zepita, donde aprovechando las ventajas que le ofrecía el terreno, se decidió a contener al enemigo que se creía victorioso por su superioridad. El choque tardó poco en hacerse general: la infantería española cargó a la bayoneta a la enemiga;

pero su caballería —la patriota— oportunamente dirigida sobre la nuestra, acaso no bien situada por la calidad del terreno, la cargó y la dispersó, con la circunstancia de que los franceses Bransend y Soulanges no dieron cuartel a los soldados que alcanzaron, de cazadores y dragones. La dispersión de la caballería realista obligó al General Valdés a replegarse después de anochecer por el camino de Puno, ruta que llevaba el Virrey con el grueso del ejército. En Zepita, como justamente lo dijo el General Valdés en su parte, se hubiera terminado la campaña si su caballería hubiese podido cumplir y pelear como la infantería. Reunido de nuevo el General Valdés con el Virrey en Pomata, marchó S. E. al Desaguadero. Santa Cruz temiendo la fuerza que le buscaba, más por su calidad que por su número, cortó el puente, y se situó al sur de este río. El Virrey marchó a Calacoto; vadeó el Desaguadero, con inmensidad de riesgos que vencieron con entusiasmo, y continuó sobre los pasos de Santa Cruz, que inmediatamente se dirigió a Oruro, marchando a su frente el General Olañeta en virtud de las instrucciones que había recibido. El Virrey comunicó este suceso desde Zepita al General Canterac, ordenándole que marchara al Cuzco para asegurar esa provincia y la de Puno amenazadas por la división de Sucre, que desde el jueves 1° al 8 de setiembre, había ocupado la ciudad de Arequipa. Reunido aquel General con la división del General Monet, a consecuencia de la disposición del Virrey, se dirigió desde Puquio al Cuzco, operación que se tuvo por menos militar que si continuara a Chuquibamba, flanqueando en esta marcha la provincia del Cuzco, y amenazando de frente, y por la línea más corta, al General Sucre. Desde dicha ciudad siguió el General Canterac en la dirección de Puno, con motivo de asegurarse que Sucre avanzaba desde Arequipa sobre esta provincia, y en atención a que desde el 6 de setiembre que ocupó el Virrey los altos de La Paz, no se habían vuelto a oír más que noticias funestísimas de su marcha. El Virrey desde Viacha intentó tomar la vanguardia a Santa Cruz, a fin de abrir las comunicaciones con el General Olañeta, y como los pueblos del tránsito quedasen conmovidos por la invasión de los independientes, quedó también obstruido el paso, que éstos tenían interés en cortar. El 14 de setiembre se reunió el General Olañeta con el Virrey, y el 15 marchó el ejército contra Santa Cruz, que ya había emprendido de nuevo su repliegue sobre el Desaguadero, dando las órdenes necesarias para el restablecimiento del puente, fácil de colocar por ser en todos tiempos hecho de balsas de totora. Las

tropas españolas no obstante las extraordinarias marchas que hacían, no pudieron impedir que Santa Cruz pasase el Desaguadero en buen orden; pero habiéndose presentado a los realistas el capitán que defendía el puente con la tropa y artillería de su mando, el Virrey pasó el río fácilmente; y noticiosos los independientes de que el General Canterac estaba en marcha sobre Puno, se aterraron de tal modo, que hubieron de retirarse casi en completo desorden hacia la costa, donde apenas lograron embarcarse en su escuadra como 800 hombres. El primer aviso del resultado de esta gloriosa campaña, se recibió por el General Canterac en Lampa, a 30 de setiembre, habiéndose pasado al Virrey el siguiente parte.

“E. M. J.— El ejército enemigo que a las órdenes de Santa Cruz y Gamarra se había internado a las provincias de La Paz y Oruro, ha sido reducido a la última necesidad, sin que haya llegado a batirse mas que en algunos encuentros pequeños, todos gloriosos para las armas nacionales. Veinticinco oficiales prisioneros y varios pasados; más de mil individuos de tropa, con otros tantos fusiles, la bandera del ejército y la del número 3, dos cureñas, dos cañones y municiones de toda su artillería, cien mil cartuchos de fusil, botiquines, equipajes de oficiales y tropa, y afortunadamente también la mayor parte de su imprenta, con lo que no podrán dar tanta publicidad e importancia a sus embustes y patrañas, es lo que hasta la fecha se halla en nuestro poder, sin contar lo que a cada instante van presentando las partidas que andan recogiendo dispersos. Las cortas reliquias del ejército enemigo marchan despavoridas en dirección de Moquegua, abandonados de sus generales y jefes, y el General Carratalá los persigue de cerca, con una conducta bien activa, y fuerza bien imponente de infantería y caballería. La división del General Olañeta queda estableciendo el orden en las provincias del otro lado del Desaguadero libre de enemigos, y el ejército triunfante a las órdenes del Excmo. Sr. Virrey, marcha aceleradamente sobre Puno, ansioso de encontrar enemigos menos cobardes que los que sin disparar un tiro acaba de destruir.— Pomata viernes 23 de setiembre de 1823”.

Pasados estos hechos en el desgraciado Perú, del modo que se ha relatado, adviértase que la causa de tantas derrotas, de tanta efusión de sangre, de tantos ultrajes inferidos, ya por los españoles, ya por los independientes a todos los habitantes, tanto peruanos como extranjeros, son todas las plagas que ha ocasionado la guerra, es y será responsable de todo el General D. José de San Martín, no

por haber venido con ejército a promover la independencia; porque este hecho es muy justo, santo y laudable, sino porque no quiso realizarlo. Con sólo haber seguido a los españoles cuando abandonaron la capital, habría así concluido la guerra, pues antes de llegar al Cuzco, ellos se habrían rendido, pues su ejército a la distancia de veinte leguas de la capital se había desmoralizado, y pasádose grande parte de él al independiente, aun no teniendo enemigo que le persiguiese en su retirada. Entre los pasados muchos de ellos eran españoles.

Son bien notorios en las secciones de América, y en el mundo todo, los sucesos que ocurrieron en el Perú, en especial en Lima, en 1823 hasta fines de 1824. La derrota del General Alvarado en Torata y Moquegua (como ya se ha dicho) puso al ejército acantonado en la capital y a los ciudadanos en consternación, pensando todos huir a los montes o emigrar a países extraños; puesto que los españoles orgullosos habían de atacar la capital sin pérdida de momentos, en la que no se encontraban medios de defensa.

Intertanto se encargó del mando en Lima accidentalmente el Gran Mariscal D. José Bernardo Tagle, de orden del General Sucre como Jefe Supremo militar, antes de su marcha para el Sud; habiendo invitado a la vez al Presidente Riva Agüero para que regresase a la capital a ejercer el Mando Supremo, pues que sólo provisionalmente lo desempeñaría durante su ausencia el General Tagle, como el más graduado de todos los jefes peruanos. Mas temiendo el Presidente Riva Agüero que la indicación del General colombiano, corroborada por otra igual del General Tagle, fuese el resultado de una combinación urdida para despojarle del puesto que ocupaba y extrañarlo de la República, no se prestó a ella. Después habiendo llamado el Congreso al Libertador de Colombia, Simón Bolívar, para que dirigiese la guerra, por medio de una comisión de aquel seno compuesta de los señores General La Mar, Argote, Paredes y Olmedo, que marchó a Guayaquil, aceptó aquél el llamamiento del Perú, y con un fuerte ejército se dirigió al Callao, llegando a la capital de Lima a fin de agosto de 1823.

Entonces el Presidente Riva Agüero pretendió arreglarse con el General Bolívar, investido a la sazón con el título de Dictador, para de consuno hacer la guerra al ejército español; pero creyendo el Libertador que en las exigencias previas que le demandaba, se perdía tiempo, o teniendo ya meditados planes de dominación sobre el Perú, se desentendió de todo arreglo racional y decoroso; y por

medio de maquinaciones secretas logró introducir la anarquía en el ejército que obedecía al Presidente Riva Agüero; que se sublevase una parte de él, que se apoderasen de su persona y que fuese conducido preso a Guayaquil, de donde salió para Europa gracias a la influencia de la escuadra nacional bajo las órdenes del Vice-Almirante Guisse, que había tocado en Huanchaco conduciendo los restos del ejército del Sud, que con el General Santa Cruz logró salvar de la retirada que emprendió desde los llanos de Oruro a los puertos intermedios.

El General Tagle, al frente de la administración en Lima, durante las desavenencias antedichas, continuó bajo los auspicios del Libertador de Colombia hasta febrero de 1824, que amotinada la guarnición de las fortalezas del Callao, compuesta del batallón argentino, denominado Río de la Plata y una brigada de artillería de la misma república, otra de la de Chile y dos cuadros de batallón, que debían embarcarse para el norte, se sublevaron reclamando algunos meses de sueldos que se les debía. El sargento Dámaso Moyano, natural de la provincia argentina de Córdoba, fue el cabecilla, quien una vez comprometido en semejante crimen, se puso de acuerdo con el coronel español D. José María Casariego, entonces prisionero en Casas-mata y se proclamó en favor del Rey enarbolando a los tres días su pabellón. El siguiente documento, da ideas más minuciosas sobre el particular.

PARTE DEL CORONEL CASARIEGO.

“Excmo. Sr.

“No hallo expresiones capaces para manifestar a V. E. lo grande y heroico de los acontecimientos en este punto. Sólo estaba reservado para el digno coronel D. Dámaso Moyano y sus compañeros. Es el resultado de una combinación muy meditada y pulsada para tremolar el pabellón español en todas las fortalezas de esta plaza con mil quinientos hombres dispuestos a perecer defendiéndolo. Me hallo encargado del mando político y militar en unión del indicado coronel. Las providencias tomadas, son dignas a su conservación y defensa, esperando en la pronta aproximación de la fuerza que V. E. disponga por lo interesante de su objeto. La penetración de V. E. graduará el impulso que ofrece la opinión general, por cuyo motivo conviene se precipiten los movimientos en dirección a esta plaza, pues sin embargo de la gran confianza que se tiene en la tropa, a V. E. no se le oculta de qué medios no se valdrán para